



Salvador Dalí. Dama de espaldas.

Maritza en el Sendero de los Medios

Cristina Cáceres

Construyendo al enemigo

“El enemigo no se veía, no es fácil. En una guerra convencional tú ves al enemigo y sabes quién es. Pero en esta guerra subversiva tú no ves al enemigo pero el enemigo si te ve a ti, porque tú eres blanco, porque estás con uniforme”.

Testimonio CVR

Poco después de la captura del líder senderista Abimael Guzmán en una casa que funcionaba como taller de danza en el distrito de Surquillo, la prensa no dejaba de divulgar el asombro por el vínculo que podía existir entre este grupo terrorista y una muchacha de clase media alta, tez blanca, profesora de danza moderna, limeña, de apellido Garrido Lecca. Los medios de comunicación se encargaron de mostrarnos su vida y su historia como partícipe de uno de los grupos subversivos más sangrientos de este lado del mundo. Así, Maritza Garrido Lecca ocupó las primeras planas de diarios y revistas que desarrollaban artículos con tintes de extrañeza y confusión. Confusión respecto a qué, habría que preguntarse: ¿a la condición de un sujeto miembro de un movimiento terrorista o más bien a su condición de mujer, joven, blanca, atractiva, de clase media?

“La terruca pituca”, como la llamaron en estos medios, no era, sin embargo, cualquier muchacha de clase media alta ligada a las artes y a la vida bohemia, o al menos los medios se encargaron de mostrarla así. Se resaltó que su círculo de amigos estaba compuesto por poetas, actores, bailarines, músicos, entre otros. Tampoco vestía como cualquier chica “pituca” indicaban constantemente. El personaje empezaba a cobrar forma, ya no se trataba de una chica común, se le tejió una historia y se trazó una biografía que explicaba al mismo tiempo que los hitos más importantes de su vida, las razones dentro de esta que la llevaron a introducirse en Sendero.

Así, en octubre de 1992, poco después de la captura de Guzmán, la revista *Caretas* mostró unas fotos que se habían encontrado en la residencia de la bailarina; en una de las leyendas decía: “Hacía perfecto juego (refiriéndose a Maritza) con la apariencia de esos jóvenes lánguidos (...): crenchas largas, chalequitos y sandalias, las chicas. Barba, chalina

negra y chompa de alpaca, los chicos; la típica collera izquierdista universitaria de los setenta, solo que aglutinada más de una década después en medio de un clima de violencia social¹”.

La bailarina no solo sirvió de guía para apresar a Guzmán y parte de su cúpula, sino también para encontrar dentro de su medio a otros involucrados con Sendero. De ahí que se hablara de “El síndrome Maritza”², el que no era sino un grupo de intelectuales y personajes de las artes de la clase media involucrados con el “Pensamiento Gonzalo”. Todo iba quedando claro para los medios: era artista, y su estilo de vida bohemio explicaban su posición y las razones de su acercamiento e introducción en Sendero. Algo más: estaba relacionada con las filas de izquierda. Estos datos, suministrados por los medios de comunicación, se convirtieron en la explicación más coherente. Maritza Garrido Lecca resultó ser, además de propietaria del inmueble en el que la cúpula senderista habitaba y maquinaba sus próximos atentados, una cómplice consciente, una senderista

comprometida, es decir, no se podía indicar como una causa eficiente de su participación la ingenuidad o el desentendimiento fanático.

Pero qué nos sugiere esto, es decir, qué significa que Maritza Garrido Lecca haya sido un punto central de la discusión sobre la captura de Guzmán o, mejor dicho, uno de los personajes más llamativos. Por un lado, es obvio para todos que su condición social, “racial” y “cultural” distaba mucho de la imagen que se había construido del senderista, de los adeptos y en general, de los implicados en el conflicto. Pareciera entonces que hay ciertas características, tanto físicas como culturales que han construido un estereotipo de senderista. ¿Quién o quiénes las construyen? Por un lado están los propios senderistas que utilizaron la imagen como medio de propaganda y diferenciación. Por ejemplo, la camisa roja



Jöseph Sumichrast

y la falda negra que vestían las mujeres para las celebraciones (“Desfiles de bandera”) dentro de los penales. Esta imagen también fue utilizada para propagar el carácter agresivo de la mujer senderista. Y por el otro, están los medios de comunicación, uno de los actores más importantes por su influencia en la opinión pública, por su posición explícita (uso abierto de la imagen y la información) y por ser, en muchos casos, el vocero del Estado.

La guerra interna que vivió el Perú durante los dos décadas pasadas permitió o promovió la construcción de estereotipos e imágenes sesgadas de un “otro” radical, una otredad que buscaba por doquier crear bandos y constituir fuentes de peligro y seguridad. Esta guerra interna, un enfrentamiento constante entre senderistas y militares, entre senderistas y ronderos, entre ronderos y militares, entre unos y otros, construyó indefectiblemente un rostro del enemigo; y es el rostro del senderista el que terminó por encarnarlo.

Así, ante una situación tan compleja y difícil de comprender, situación en la que los bandos se entrelazaban en una espiral ininteligible, en donde las polaridades simples dejaban de manifestarse cuando los actores practicaban sus estrategias cotidianas, en donde las balas y los muertos podían venir de cualquier lado, en cualquier momento, era necesario encontrar salidas relativamente inmediatas ante una realidad que nos devoraba. Ergo, había que situar e identificar al enemigo, darle un espacio geográfico, un cuerpo, una apariencia, un lenguaje, un rostro. Porque si no se reconoce y sitúa al enemigo se desconoce al adversario, este se convierte en una entidad abstracta que no se puede combatir militarmente (que fue la estrategia escogida por los gobernantes de turno).

En esta línea, Carl Schmitt señala que en determinados espacios como una guerra los enemigos suelen enfrentarse abiertamente como tales³; incluso es normal que aparezcan caracterizados por un



determinado uniforme, de modo que la distinción entre amigo y enemigo no sea ya ningún problema político que tenga que resolver el soldado en acción. Pero éste no fue el caso peruano: los senderistas no siempre llevaban un uniforme y debido a ello (aunque no únicamente), sus matanzas indiscriminadas, fueron también repetidas por las Fuerzas Armadas.

¿Pero a qué nos referimos cuando hablamos del “enemigo”? Muchas veces a aquella persona que no pertenece a nuestro medio, que se encuentra fuera de nuestros límites de socialización y que desconocemos. Continuando con la idea de Schmitt “el enemigo es el otro, el extraño, pero que no es cualquier competidor o adversario. Enemigo es solo un conjunto de hombres que se opone combativamente a otro conjunto análogo pero que no tiene una imagen definida”. Esta definición puede tener sentido con las ideas de Ulrich Beck⁴, las que hacen hincapié en la calidad de extraño como aquello que rompe desde dentro con las categorías y los estereotipos de los del lugar (quizás para este caso se trate de los medios de Lima). Así, el extraño es el que queda excluido de acuerdo con los estereotipos de un determinado orden social, pero que muchas veces puede ser el vecino que no es como nosotros



Victor Ch. Vargas. Archivo Caretas.

(y si lo es, lo estereotipamos o le construimos una imagen por seguridad personal); por ello se dice que son de este territorio pero que no respetan los estereotipos ya establecidos. Extraño puede ser entonces el migrante de la sierra a Lima, o puede ser él mismo en su propio pueblo para el que llega (Fuerzas Armadas), y no se le ve únicamente como extraño, sino como peligroso, como sinónimo de senderista. De ahí que encontremos una fuerte relación entre extraño y enemigo. Esto nos sugiere dos ideas: la definición de enemigo y el estereotipo del senderista. Cuando hablamos o pensamos en el enemigo nos referimos a otro, por eso es que la idea de enemigo necesita por lo menos de dos personas o grupos que se opongan. Se puede dividir en: aquellos que pueden ser identificados (llevar un uniforme, estar situados en un determinado espacio geográfico, etc.) y aquellos que, contrariamente, pueden pasar desapercibidos, es decir, no tienen un rostro definido (pero que se define, o se puede definir, en las estrategias de acción o de estereotipación). Aún así, esta oposición que contiene un carácter violento, puede también afirmar una identidad.

Creímos por mucho tiempo que Sendero habitaba fuera de Lima, es decir, construimos la imagen de Sendero a partir de su exterioridad. Ayacucho, Huancavelica o Apurímac se convirtieron en la zona geográfica que los encerraba, su espacio de acción, lo que permitió tomar distancia, construir polos de movimiento. Se había construido una imagen andina del senderista: tez cobriza, cabellos oscuros, baja estatura, rostros firmes y severos, vestimentas sobrias, personas pobres, seres marginales, campesinos, quechua hablantes; estos rasgos, que marcaban no solo los cuerpos, permitieron, por un lado, situar al otro-enemigo, y por el otro limpiar, purificar al otro bando. En suma, Sendero no solo estaba lejos, sino que era encarnado por el rostro del marginal, el pobre, otro radical y extrañamente lejano.

Ahora, la serie de atentados en Lima durante los noventa y la captura de personajes como Maritza Garrido Lecca mostraron no solo que Sendero no estaba lejos, sino que incluso miembros de las clases medias podrían estar imbuidos en el movimiento terrorista. El hecho es que llegó un momento en que se pudo plantear que el enemigo podía ser cualquiera y no únicamente el serrano; sin embargo esto hubiera acarreado un serie de problemas: ¿Cómo identificarlo y situarlo para acabar con él si es que puede ser cualquiera? ¿cómo darle una vez más cuerpo y distancia ahora que había traspasado la barrera del estereotipo inicial? Habría entonces que re-corporeizar al enemigo y revelar sus nuevas características o sus variantes, es decir, lejos de permitir que esta imagen

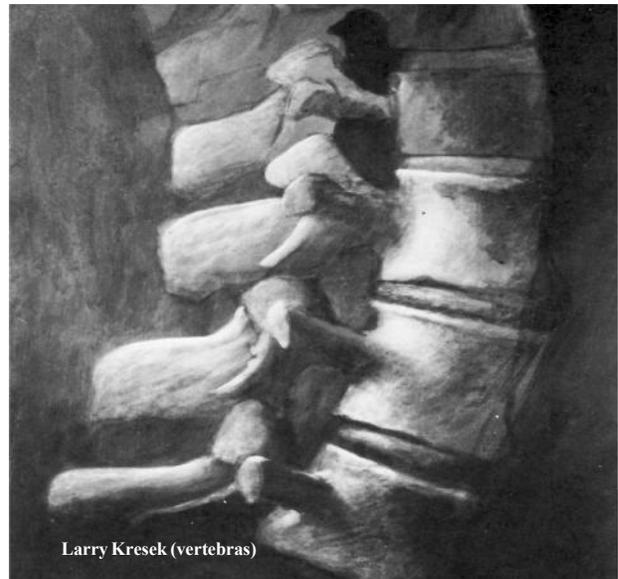
se difumine y cobre un poder paranoico exacerbado, había que encajar las nuevas imágenes al modelo planteado lo que permitía mantener cierta seguridad.

Ahora, regresando al caso inicial la revista *Caretas* indicaba cuando publicó una nota con respecto a las mujeres de Abimael: “Maritza Garrido Lecca Risco, una espigada y bella bailarina de 28 años, parece lo más lejana a las fanáticas seguidoras de Abimael, por lo general asexuadas, miopes y gruesas”⁵. La pregunta es: ¿Qué hubiese sucedido si, en vez de encontrar a Maritza Garrido Lecca hubiesen encontrado a Fortunata Quispe? Quizá el desconcierto no hubiese existido y hasta lo hubiésemos dado por obvio. De ahí que surja el interés por presentar aquellas características físicas y culturales con las que se solió asociar la imagen del senderista. Porque a raíz de estos prejuicios muchas personas fueron víctimas de la discriminación, exclusión y abuso, como se indica en el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación.

Ahora, los medios de comunicación trabajaron en un sentido interesante respecto a la constitución del otro-enemigo durante el periodo de violencia política (muchas veces debido a su desinformación, otras quizás debido a estrategias concientes o no de constitución del “nosotros” y del “otro”). A lo que me refiero es a una producción simbólica del enemigo (cargada de prejuicios y estereotipos) que se constituyó para consolidar una imagen que fue utilizada en la vida cotidiana. De este modo, la prensa podía alejar y aislar al enemigo a pesar de que éste podría ser cualquiera e incluso estar entre nosotros. De ahí que la figura de Maritza Garrido Lecca es importante, puesto que aparece en primera instancia como un contraejemplo a un estereotipado rostro del senderista, pero que se modifica inmediatamente en una estrategia que limpia a sus “semejantes de clase y raza” de un contacto con sendero. Es así como su participación en Sendero ya no se explica (como si se hace con la “masa” senderista) desde una condición sociológica-política, sino desde una biografía particular. No es su condición de persona o ciudadana lo que daba cuenta de su participación en Sendero, sino una biografía en la que se resaltaba su rebeldía y su posición izquierdista, su vida bohemia, su forma de vestir, el círculo de amigos con quienes mantenía cierta afinidad, su carácter cultivado, su afinidad por las artes, en especial por la danza en la que “siempre buscaba los papeles que de alguna manera expresaban desacuerdos o inconformismos”⁶. En suma, era su papel de disidencia del grupo el que explicaba esto, su no ser parte del “nosotros”, es por eso que se resaltaron todo aquello que se dirigía en este rumbo.

Así, este proceso de producción de información,

(como el caso de la televisión como indica Miralles), está aludiendo a una sustitución de pensamiento por la sensación, la percepción comienza a desplazar a la conciencia y lo único que nos queda son imágenes y no palabras. El *terruco*, ser de la exterioridad, el extraño que creemos diferenciar no solo situándolo en una cárcel o en el manicomio, sino atribuyéndole rasgos, construyéndole un cuerpo y un modo de verse, pierde, en el caso Garrido Lecca su firmeza como imagen, esta se difumina; la estrategia usada, la de la biografía, regresa a este sujeto al mundo interno de su particularidad, así, cobra un carácter individual que la condena y a su grupo inmediato, pero que limpia a su grupo extenso, a su clase. Se convierte en un extraño con rostro que vive entre nosotros 



Larry Kresak (vertebras)

NOTAS

¹ Revista *Caretas*, 24 de septiembre de 1992. N° 1229. Pg 18.

² *Ibid*, pg 22.

³ SCHMITT, Carl. *El concepto de lo político*. Alianza Editorial, Madrid. 1998.

⁴ BECK, Ulrich. *La democracia y sus enemigos*. Paidós, Barcelona. 2000. Pg 156.

⁵ Revista *Caretas*, 17 de septiembre de 1992. N° 1228. Pg 19.

⁶ Revista *Sí*, semana del 21 al 27 de septiembre de 1992. N° 291. Pg 21.

BI BLIOGRAFÍA

- BECK, Ulrich. *La democracia y sus enemigos*. Paidós, Barcelona. 2000. Pg 156.
- FOUCAULT, Michel. *Defender la sociedad*. FCE, México. 2000.
- Revista *Caretas* N° 1228 y 1229. Revista *Sí* N° 221.
- SCHMITT, Carl. *El concepto de lo político*. Alianza Editorial, Madrid. 1998.